

Picaflores de cola roja

Laura Devetach

Ilustraciones de Tania De Cristóforis





www.loqueleo.santillana.com

© 1975, 1978, 2003, LAURA DEVETACH
© 2003, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

“Picaflores de cola roja” fue escrito en 1969. Perteneció inicialmente al libro *Monigote en la arena* que ganó el Premio Casa de las Américas en 1975, pero luego se publicó en forma independiente en 1978.

ISBN: 978-950-46-4671-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: xxx de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: TANIA DE CRISTÓFORIS

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS y JULIA ORTEGA

Devetach, Laura

Picaflores de cola roja / Laura Devetach ; ilustrado por Tania de Cristóforis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

32 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4671-6

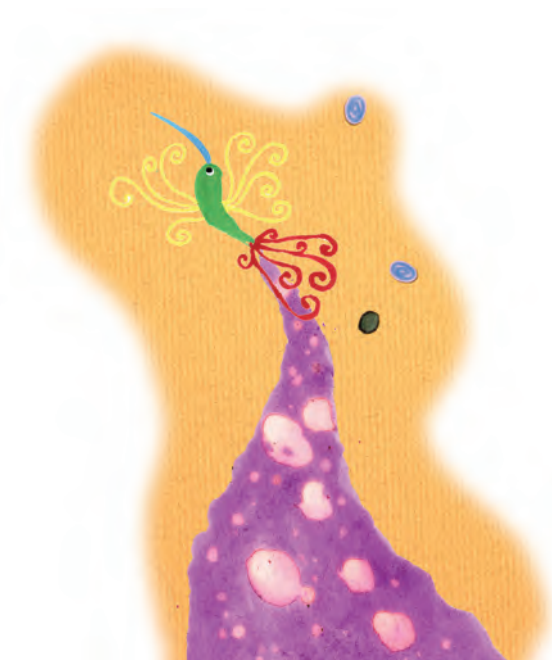
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Cristóforis, Tania de, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Picaflores de cola roja

Laura Devetach

Ilustraciones de Tania De Cristóforis



loqueleo

*Siempre me gustó saber lo que hay del otro lado
de los agujeritos de las hojas secas.
Por eso agradezco a quienes me fueron enseñando
a mirar bien:
a los artistas de la vida,
a los que me dieron de comer y de leer,
a los que me curaron,
a la gente del coraje y del amor.
Y a Mónica B., para ser sólo un poco justa.*

Buenos Aires, invierno de 2003.





El frío espiaba por la ventana del aula. Los chicos y las chicas se frotaban la punta de los dedos para poder escribir las palabras que dictaba la señorita Sonia todas las santas mañanas a la primera hora.

–¿Habrá traído hoy el superdictado?

–rezongaban cuando la veían venir toda de plata entre la neblina del fondo de la calle.

–¿Superdictado? –preguntaban.

–Sí –reía la señorita Sonia, y entraba al aula a escribir en ese cuaderno que tienen las maestras y nunca se sabe a quién se lo muestran.

–Uf –decían los chicos y las chicas.

Después jugaban con el frío a hacer figuras inventadas. Despedían por la boca vapor azul, vapor con secretos, vapor de palabras escondidas, vapor de preguntas que no se animaban a hacer.

Lena sacudía una cabellera de propaganda de champú y hacía aletear los pájaros de sus pestañas.





Manuel se sacaba el sombrero invisible y la saludaba. Después echaba adentro la ceniza de su gran cigarro de señor muy ocupado.

Lena se rociaba con esencias de lejanas islas y ponía cara de televisión.

Manuel, con la misma cara, tenía una pipa de madera tallada por un silencioso navegante.

–Hoy haremos dictado de palabras difíciles
–dijo la señorita Sonia.

Los chicos y las chicas arrugaron las sonrisas.
Manuel regaló a Lena una pastilla de naranja y ella
pudo reír otra vez.

La puerta del aula estaba cerrada. El frío quedó
solo, afuera. Alguien había dibujado un corazón en
el cristal empañado de la ventana. Un corazón que
se borraba y volvía a aparecer porque siempre algún
dedo se enfriaba dibujándolo.





–*Ornitorrinco* –dictó la señorita Sonia-,
murciélagos, cuchichear.

Lena y Manuel trataban de escribir con rapidez para tener tiempo de mirarse de reojo y seguir jugando a inventar cosas con el vapor de sus bocas entre palabra y palabra.





—*Aleli, relampaguear, izar*—seguía goteando la voz de la maestra.

El vapor de Lena se convirtió en un vestido de fiesta verdemar, con música en el ruedo.



–*Carnívoro, facilísimo...*

Manuel hizo una guitarra eléctrica y la tocó.
Lena lo miraba como quien ve el color de la
música.



Lena hizo una calle florecida de paraguas rojos, azules y amarillos, con dulzor de praliné. Ella, Manuel y la guitarra allí estaban, paseando y cantando.

Manuel hizo un jazmín para regalar a Lena. Lena hizo una trenza de pasto para Manuel.



—*Automovilístico, odontólogo*—dictaba la señorita Sonia—. Lena, Manuel, atiendan porque voy a dictar una sola vez cada palabra.

Los chicos se pusieron colorados, pero solamente un ratito. Vieron que sus compañeros, de una manera o de otra también llenaban el aire con figuras de vapor.